BORGES, EL MEMORABLE

Luis Jaime Cisneros

Nació cien años atrás. Y hace trece años que la ceniza minuciosa de Borges esconde su recatada muerte, allá en Ginebra. Como no podemos verlo en la otra vida, desde esta muerte seguimos frecuentándolo con la certeza de que Borges ya no es una ilusión de la lengua sino una evidente herencia nuestra, por la cual nos renovamos diariamente en el idioma. Alguna vez su nombre y sus textos constituyeron prestada amistad: ahora son totalmente nuestros. Podemos compartirlos o retenerlos por entero. Trece años, en la dimensión borgesiana, son esta larga duración que con él venimos usufructuando, releendo sus viejos (y siempre nuevos, renovados) textos. La gente lee y comenta al cuentista. Yo todavía añoro y busco al poeta en cuya obra se generan los cuentos que los demás veneran. Los profanos quisieran para Borges un monumento extraordinario, quizás en bronce. Borges se conformaría, sin duda, con la puntual losa blanca que luce su nombre. Es el monumento exacto, el *adorado monumento* ante el que seguimos y seguiremos evocándolo cada vez que solicitemos el acierto en la metáfora, la justeza del epíteto, el encabalgamiento feliz para el verso que tan armónicamente concilia metro y contenido. No podía Borges dejar que lo sepultaran entre oropeles barrocos. El había previsto alguna

vez que volvería a Ginebra “quizá después de la muerte del cuerpo”. Y ahí en Ginebra está. Pero no es de este Borges, circunstancial y efímero, del que hablan estas líneas que, a nombre de la Academia Peruana, conmemoran el centenario de su nacimiento. El tiempo lo ha abandonado ahora, tras el fatigado trajín que con él supo tener Borges. Ahora puede felizmente el poeta vivir de modo infinito estos versos en los que se jactaba de la quietud: “Mi humanidad está en sentir que somos voces de una misma penuria”. El, que había hecho del tiempo un instrumento de su magia verbal y había frecuentado la duración y el infinito, está ahora revestido de tiempo y deja que el tiempo —liberado de su verbo— pueda comenzar a vivirlo:

El tiempo está viviéndome.
Mas silencioso que mi sombra, cruzo el tropel
de su levantada codicia.

No importa que no aparezcan nuevos libros en los escaparates con su nombre. Los mismos libros de ayer están ahora repetidamente renovados: nuestra lectura de hoy, sin Borges, es probablemente mucho más rica que la de ayer porque se nutre de nuestra imaginación. El mismo Borges lo previno un día:

Yo solicito de mi verso que no me contradiga,
y es mucho.
Que no sea persistencia de hermosura, pero sí
de certeza espiritual.

Pero a lo mejor Borges prefiere que nuestra conmemoración sea realmente un efectivo homenaje intelectual. ¿A qué llenarnos de sentimentalidad? Ya lo han elogiado por virtudes y lo han execrado por defectos. Unos tuvieron en cuenta su obra, otros atendieron más a sus declaraciones en materia de estética, de ideología o de política. Pero todo eso es perentorio. Quizá convenga preguntarse, ante un hombre de naturaleza tan paradójica, por qué persiste, por qué mantiene su

vigencia, por qué no ha dejado de *ser* Borges. No hablo de la supuesta vigencia en quienes, por imitar inútilmente su estilo, prolongan inequívocamente sus defectos. Realmente tengo una sola respuesta, tal vez ingenua y tal vez sentimental. Porque Borges es sencillamente un humanista. No 'un humanista contemporáneo' (que sería limitarlo torpemente). Un humanista no se ubica en uno u otro tiempo concreto sino en 'el tiempo'. Es un hombre del Renacimiento, pero está entre nosotros. Es un hombre de nuestra época, pero se sale de ella para permitirnos (y asegurarse), desde ahí afuera, que la veamos por dentro. Es un hombre de nuestra época que habla desde lo porvenir. Y eso conmueve la voluntad del hombre, renueva la sangre y alerta a la inteligencia. Borges nos ayuda a pensar precisamente cuán pasajera es la fama, qué efímeramente deleznable es el poder, qué torpe y equívoca es la sabiduría palabrera, cuán sana y útil resulta la infabilidad. Lo grave es que esta hermosa y varia lección no pudo escribirla tan acertadamente en los libros, como la expresa ahora desde su perfecta quietud ginebrina. Ahora que el tiempo se reviste de Borges. Ahora que Borges está, como lo supieron los alumnos de Pitágoras, según lo vaticinó él algún día: los astros y los hombres vuelven cíclicamente.

No sé si volveremos en un ciclo segundo
como vuelven las cifras de una fracción periódica;
pero sé que una oscura rotación pitagórica
noche a noche me deja en un lugar del mundo

En este lugar de nuestro preciso mundo está ahora Borges revestido de un persuasivo poder, y su influencia esperable no ha de conformarse sólo en un horizonte estético. El Borges que triunfa de tanta metáfora accidental está más allá de su mentido agnosticismo. No tiene que ver con Berkeley ni con Stevenson, pero tiene que ver con Stevenson y con Berkeley. Borges vive (y seguirá presente) porque, en realidad, su preocupación mejor ha sido el hombre interior que desde su más acendrada intimidad reflexiona, y porque reflexiona sabe que es y que vive. Y eso no depende de las teorías políticas *ad*

usun. En un viejo libro está. El hombre sólo puede reflexionar cuando está solo, porque solamente así es cuando se halla realmente en silencio estricto. Y debe el hombre reflexionar sobre el hombre mismo, sobre su libertad para *ser* y para *crear*, sobre la justicia y la honestidad, sobre el futuro (que nace en el pasado), sobre el futuro (que se genera en el arduo presente), sobre el presente (que está hecho de eternidad impalpable porque nada sería sin el pasado que lo fundamenta, y nada podría concretarse sino a costa de su propio transcurso). Cómo no va a ser cierto, entonces, que Borges no ha muerto. Solamente hace algunos años que no comparte con nosotros las estrellas, pero sí comparte la amistad de las noches; en esas noches continúa siendo el creador porque

Ciegamente reclama duración el alma arbitraria
cuando la tiene asegurada en vidas ajenas,
cuando tú mismo eres la continuación realizada
de quienes no alcanzaron tu tiempo
y otros serán (y son) tu inmortalidad en la tierra

Fue Jorge Luis Borges poeta singularmente universal. Cantó y exaltó a los antepasados de su sangre y a los antepasados de sus sueños. Trabajó en firmes palabras el genuino usufructo de la lengua, sintió por todos nosotros "el pavor de la belleza" y ha escogido a Ginebra para compartir inmovilidad con Berkeley y Stevenson, con Milton y Chesterton y Quevedo. Muy cerca de Calvino está. Y recorre ahora con vagos pies la casa de Asterión y tropieza con Macedonio Fernández y Lugones y Sarmiento. Ahí está alerta, como incesante espejo del tiempo.